

Solidaridad Internacional también en tiempos difíciles. Repensando la justificación de la cooperación internacional en la crisis económica

Luis Arancibia Tapia*

p. 23-31

International Solidarity In Tough Times

El filósofo Peter Singer comienza su libro “The life you can save” (Singer, 2009) con un cuento que sitúa al lector ante un hipotético dilema moral: una persona va camino a su casa cuando ve a un niño ahogándose en una poza ¿Qué debe hacer? ¿Salvarla a pesar de los riesgos que conlleva y los costes que puede significar o abandonarla y permitir que se ahogue? Singer señala que siempre que ha planteado esta pregunta la respuesta ha sido la misma: debería salvarle pues la vida del pequeño es mucho más valiosa que los pequeños costes e inconvenientes que se producirían. Eso es exactamente lo que cada uno de nosotros cree que haría si nos encontrásemos en una situación así. Sin embargo, Singer nos recuerda que a diario nos hallamos en una situación parecida, en un mundo en el que más de 900 millones de personas pasan hambre y cerca de 24000 mueren cada día por enfermedades directamente relacionadas con la malnutrición¹ y, sin embargo, no siempre actuamos salvando las vidas que podríamos.

En este momento marcado por la grave crisis económica en Europa, especialmente en los países periféricos de la Unión, la pregunta que surge con creciente fuerza es: ¿Por qué tengo que ayudar al niño que se ahoga, si yo mismo estoy preocupado y sufriendo graves problemas? Probablemente hemos de adaptar el cuento de Singer, incorporando, por ejemplo, el dato de que la persona que puede salvar al niño ahogándose tiene una urgencia importante que atender en su casa o que lleva puesta su única ropa que se estropeará si se lanza a la poza a salvarle. En cualquiera de estas variaciones, sin embargo, nuestra respuesta probablemente no cambie significativamente: salvar la vida del niño que se ahoga es más importante que la tarea de que le espera y más valiosa que la ropa que lleva puesta, por difícil que sea su situación económica. Con este relato, Singer nos presenta una adaptación de la parábola del

* Director adjunto de la Fundación Entreculturas – Fe y Alegría España. Boston College Visiting scholar.

¹ FAO (2010). El Estado de la Inseguridad Alimentaria en el Mundo 2010: La Inseguridad Alimentaria en Crisis Prologadas, Roma, disponible en (<http://www.fao.org/docrep/013/i1683s/i1683s.pdf>).

buen Samaritano², que de un modo tan significativo ha marcado el concepto de solidaridad en nuestras sociedades occidentales: “¿Quién actuó como el prójimo?” es probablemente la pregunta que más ha motivado la solidaridad internacional en las sociedades occidentales. Trasladando la parábola del evangelio, o la versión moderna del relato de Singer, al ámbito de la solidaridad internacional en nuestro contexto actual de Europa Occidental, la pregunta que surge es: ¿Tenemos la responsabilidad de salvar al niño que se ahoga (o atender al herido de la parábola que yace en el camino) si nosotros mismos estamos llenos de urgencias y dificultades propias? ¿Por qué preocuparse por la cooperación internacional cuando hay tantos problemas internos? ¿Qué justifica la ayuda al desarrollo (pública, de instituciones privadas y de personas particulares) de los que están lejos, cuando muchas personas cercanas están pasando también por dificultades y problemas? ¿Cuál es la motivación, si es que hay alguna, para destinar parte de nuestros recursos (tiempo, dinero, personas,...) a la ayuda internacional cuando se están recortando tantos gastos necesarios en nuestros estados del bienestar, en nuestras empresas, en nuestra economía familiar? Y aun suponiendo que existen razones para mantener la cooperación al desarrollo en este contexto, ¿Cómo debería ser la ayuda al desarrollo en estos tiempos de dificultad y de crisis?

Plantear esta preguntas en este momento, no es solo un ejercicio teórico sobre las motivaciones de la ayuda al desarrollo, sino una necesidad real. Es imprescindible justificar la solidaridad internacional (tanto pública como particular) con argumentos sólidos y actualizados, en un contexto de restricción y limitaciones como el actual, en el que se multiplican los cuestionamientos sobre su oportunidad y conveniencia. El conjunto de los países donantes han reducido la ayuda pública al desarrollo un 2.7% en el último año y algunos de los más afectados por la crisis lo han hecho en cifras muy superiores a la media (por ejemplo, España ha recortado un 44% la Ayuda Oficial al Desarrollo desde el año 2010). No se dispone aún de información sobre el apoyo privado a la solidaridad internacional, pero diversos estudios han recogido el desgaste de la cooperación en una parte creciente de la población, de la clase dirigente y de la opinión pública. Hace algunos años, la cooperación estaba de moda; ser solidario era moderno y actual. Muchos organismos públicos, empresas, colectivos, personas se acercaron al mundo de la cooperación atraídos y presionados por una opinión pública que, de forma mayoritaria, valoraba muy positivamente la cooperación con las personas más desfavorecidas de nuestro mundo. Hoy, por suerte, muchos de ellos perseveran, resisten y mantienen su compromiso con los pobres de la tierra, demostrando que la solidaridad verdadera no entiende de modas pasajeras, sino que se configura como un criterio orientador que aporta luz y sentido a la vida personal y social. La perseverancia de la solidaridad con aquellos que están lejos, cuando los problemas propios se multiplican, constituye un motivo de esperanza y sentido en tiempos de incertidumbre y desasosiego como los actuales. Sin embargo, las voces cuestionando el sentido de la cooperación en este tiempo de dificultades se alzan con fuerza en distintos ámbitos de la vida política y social³ y nos obligan a revisar y fortalecer los argumentos que justifican la solidaridad internacional con las personas más desfavorecidas de nuestro mundo. Son tiempos de crisis y cuestionamiento de la solidaridad internacional, pues ante las dificul-

² Lc, 10, 27-35.

³ Un buen ejemplo, lo podemos encontrar en este artículo del diario británico Dailly Mail en el que se critica la decisión del primero ministro David Cameron de mantener los recursos para cooperación internacional, a pesar de los recortes del gasto público acometidos por su gobierno. <http://www.dailymail.co.uk/news/article-2012074/David-Camerons-foreign-aid-How-money-squandered.html>.

tades nuestra sociedad tiende a replégarse sobre sí misma y centrarse en nuestros propios problemas exclusivamente. No obstante, puede ser también una ocasión para fortalecer, afinar y desarrollar los argumentos y motivaciones que justifican nuestra solidaridad con aquellos que sufren pobreza más allá de nuestras fronteras.

Las motivaciones de la solidaridad internacional

Para explicar en una sola frase los motivos por los que sigue siendo necesaria la solidaridad internacional a pesar de las dificultades domésticas, podemos recurrir a una expresión de Paul Collier: “la lucha contra la pobreza se debe basar en una mezcla de compasión y autointerés”⁴. Los análisis y estudios que han profundizado en la justificación de la solidaridad internacional encuentran dos grandes ámbitos de motivación: los principios éticos (en especial, la justicia y la solidaridad) y la búsqueda del propio interés inteligente (o el egoísmo ilustrado como también ha sido llamado) (Ruthan, 1989). En el fondo, podemos encontrar dos grandes argumentos para justificar la solidaridad internacional: su bondad (porque hemos de hacerlo) y su conveniencia (porque nos interesa hacerlo). Por lo general, ambos argumentos se presentan de modo enfrentado, dando lugar a dos concepciones y diseños estratégicos diferentes de la cooperación tanto pública como privada. En principio, esta oposición parece lógica: si la cooperación actúa movida por un principio ético debe ser desinteresada y si lo hace por interés propio no cabe hablar de motivaciones morales. Sin embargo, en el mundo real existe un territorio en el que ambas motivaciones se encuentran y resultan compatibles entre sí. Ese espacio de intersección entre la solidaridad y el interés, debe ser impulsado y extendido en un contexto marcado, por un lado, por la urgencia y las necesidades de una gran parte de la humanidad y, por el otro, por la limitación de recursos y el cuestionamiento público de la ayuda externa. El terreno en el que la cooperación solidaria y altruista se encuentra con el autointerés inteligente, debe ser potenciado e impulsado en estos momentos. Defender la cooperación internacional con una combinación de estos dos argumentos, no significa que conceder a ambos el mismo peso, ni la misma fuerza imperativa. La cooperación internacional se justifica desde el principio de justicia con todos los seres humanos que son sujetos de derechos (y responsabilidades) inalienables y desde la solidaridad que nos vincula con aquellos que más sufren. La cooperación no necesita de los intereses para justificarse. Por tanto, debe estar basada en los principios éticos que la dan sentido y su praxis debe orientarse por esos mismos criterios. Sin embargo, en estos tiempos de globalización y de crisis económica, la justificación de la ayuda internacional encuentra una motivación complementaria en el autointerés inteligente de las propias sociedades económicamente desarrolladas. Esta motivación “egoísta” resulta en numerosas ocasiones compatible con el carácter desinteresado de una cooperación fundamentada en los principios de solidaridad y justicia. En el contexto actual de creciente cuestionamiento de la solidaridad y despreocupación por lo que sucede más allá de nuestras fronteras, se trata de un argumento que puede ser resaltado y utilizado adecuadamente: una cooperación basada firmemente en la solidaridad con los más desfavorecidos y la justicia con todos los seres humanos, puede ser ahora también una cooperación conveniente y necesaria para los intereses de los países donantes.

4 Un resumen didáctico de la opinión de Paul Collier se puede encontrar en el video que recoge su charla en los encuentros TED: http://www.ted.com/talks/paul_collier_shares_4_ways_to_help_the_bottom_billion.html.

Para impulsar una cooperación que se mueve en ese territorio compartido hay dos tareas necesarias: 1) fortalecer la justificación ética de la cooperación en un contexto adverso, pues en ella reside la motivación nuclear de la ayuda y 2) señalar los ámbitos en los que el propio interés puede ser compatible con una cooperación fraterna y solidaria.

Fortalecer la motivaciones éticas de la solidaridad internacional en un contexto de limitaciones y dificultades domesticas

La justificación moral de la cooperación internacional requiere ser fortalecida y sus argumentos afilados en un contexto cada vez más adverso como el actual. Por ello vamos revisar los principales argumentos que se utilizan para criticar la cooperación internacional y fundamentar las motivaciones éticas de la cooperación a partir de ellos.

1. *“Ya tenemos bastante con nuestros problemas; en un contexto de dificultad nuestra prioridad deber ser atender nuestras propias dificultades internas”.* Este es un razonamiento frecuente en nuestros tiempos, que suele tener amplio eco en la opinión pública por su simplicidad y porque alude a un modo de funcionamiento lógico: cada sociedad deber ser responsable de su propio desarrollo y, por tanto, primero hemos de resolver nuestras propias dificultades y solo después podremos ayudar a otros con las suyas. Nuestras responsabilidades son primariamente con los nuestros y solo después con los otros.

Este argumento que parece razonable y acorde con la naturaleza humana, en realidad oculta un elemento fundamental: los problemas a los que enfrenan nuestras sociedades y los que trata de afrontar la cooperación, no son semejantes, sino cualitativamente diferentes. No es posible la comparación entre nuestras propias dificultades internas en las sociedades occidentales, incluso en estos tiempos de recortes y graves penurias sociales y económicas domesticas, y los problemas que sufre la quinta parte más pobre de la humanidad. Según datos de Naciones Unidas, 1.400 millones de personas están por debajo del umbral de la pobreza (1.2\$ al día), es decir, poseen una renta per cápita 70 veces menor que la española o casi 50 veces menos que la portuguesa⁵. Se estima que 10 millones de personas mueren cada año como consecuencia directa o indirecta del hambre y la esperanza de vida sigue siendo casi 30 años mayor en nuestros países que en África⁶. Del mismo modo, aunque la mortalidad infantil en los países del Sur se ha reducido de forma muy significativa en los últimos años y desde 2006 son menos de 10 millones los niños y niñas que mueren antes de los cinco años de edad, la probabilidad de supervivencia de los mismo sigue siendo 13 veces mayor en los países desarrolladas. Estos datos son solo una muestra de los muchos que pueden utilizarse para reflejar la enorme disparidad entre los problemas que sufren los 1.000 millones de personas más pobres de nuestro mundo y nuestras propias dificultades. Aunque estas se estén multiplicando como consecuencia de la crisis y requieran una atención y una prioridad mucho mayor por parte del conjunto de la sociedad y de las autoridades, no dejan de ser comparativamente menores si los miramos desde una perspectiva más amplia y global.

5 Según el Fondo Monetario Internacional la renta per cápita en España fue 32.360 \$ y en Portugal 22.413\$ en 2011. Fuente IMF World economic database <http://www.imf.org/external/pubs/ft/weo/2012/01/weodata/index.aspx>.

6 Según datos de Naciones Unidas la esperanza de vida en España es de 81.8 años y en Portugal de 78.4. El conjunto del continente africano tiene una esperanza de vida de 52.8 años y algunos países como Mozambique (39.2), Suazilandia (39.6) no llegan a los 40.

¿Cómo puede fortalecerse por tanto el apoyo a la cooperación? Es necesario redoblar el esfuerzo por visibilizar los problemas y dificultades en los que aún vive una buena parte de la población de nuestro mundo y mostrar que todavía somos privilegiados pues, a pesar de las grandes dificultades que estamos viviendo en nuestro entorno cercano, estas no son comparables con las que afronta una buena parte de la población mundial.

2. *“Es cierto que una parte de la humanidad tiene problemas más graves, pero no son nuestros problemas, no tenemos nada que ver con ellos.”* Otro argumento para descalificar la solidaridad internacional, aun reconociendo la gravedad de la situación en la que vive una buena parte de la humanidad, es considerar que esos problemas no tienen que ver con nosotros y por tanto no tenemos porque sentirnos corresponsables de su solución. Sin embargo, este razonamiento, de nuevo, esconde, al menos, dos hechos relevantes. Por un lado, oculta que la pobreza de buena parte de nuestro mundo tiene una parte de sus causas en el modo en el que las relaciones internacionales están configuradas. No son solo los problemas sociales, económicos y políticos locales los que impiden la erradicación de la pobreza en muchos países del Sur, sino que, por el contrario, el mundo desarrollado es también corresponsable (por diferentes motivos de carácter histórico, comercial, financiero, cultural,...) de los mismos. Por otro lado, incluso para aquellos que consideren que esta corresponsabilidad no es tal, en un mundo crecientemente globalizado como en el que vivimos, no es sostenible argumentar que la supervivencia de otros seres humanos no constituye una responsabilidad nuestra, solamente porque están más allá de unas fronteras que, sin embargo, cada vez tienen menos fuerza y significación. Limitar nuestras responsabilidades morales a nuestro territorio nacional, en un contexto donde lo local se hace global y donde las fronteras nacionales se disuelven en todos los ámbitos de nuestra organización social, económica, política y cultural, constituye un anacronismo insostenible. No podemos decir nunca más que no sabíamos lo que sucedía, ni que no nos sentimos vinculados con la pobreza, el subdesarrollo y la miseria de nuestro mundo. Por el contrario, la solidaridad internacional es una ocasión para extender el límite de los que consideramos prójimos, de los que consideramos nuestros, de aquellos de los que nos sentimos responsables. La cooperación solidaria es un cauce para expresar nuestra cercanía, y proximidad con aquellos que más sufren; es un modo de vincularnos e implicarnos ante una realidad de la que somos corresponsables.

3. *“Por graves y cercanos que sean los problemas, no está en nuestra mano solucionarnos. No podemos hacer nada significativo para erradicar la pobreza de nuestro mundo”.* Muchas de las críticas a la cooperación internacional y de los argumentos de muchas personas para no contribuir con la solidaridad internacional, responden a este argumento: no podemos hacer nada significativo para cambiar las cosas y lo que hacemos (la cooperación internacional) no ha tenido, ni va a tener un impacto relevante en la erradicación de la pobreza. Este argumento es más complejo y elaborado que los anteriores, pues recoge dos aspectos que son ciertos y que en demasiadas ocasiones a lo largo de las últimas décadas, la cooperación internacional, en especial la realizada por medio de los gobiernos, ha olvidado: 1) las causas de la pobreza en nuestro mundo son muy complejas y no existen recetas sencillas, ni fórmulas mágicas que aseguren su solución y 2) la participación de las personas pobres y excluidas en su propio desarrollo es fundamental y el papel de las sociedades (y gobiernos) del Norte es, por tanto, secundario y subsidiario. Estos son dos principios esenciales que la

ayuda internacional occidental ha tendido a ignorar en demasiadas ocasiones, actuando desde la prepotencia y la ingenuidad de pretender que solo la cooperación internacional es capaz de estimular los complejos procesos sociales, económicos, políticos, culturales,... que generan desarrollo.

Sin embargo, esto no significa que la solidaridad internacional, no constituya una contribución decisiva para muchas personas, comunidades y países. Desde el punto de vista macro, la Ayuda oficial al desarrollo, a pesar de todas sus limitaciones y errores, es un factor decisivo para explicar la mejora que se ha producido en el mundo en los principales indicadores de salud, educación e ingresos durante las últimas décadas. Recientemente, por ejemplo, el Banco Mundial⁷ se hacía eco de cuatro estudios diferentes promovidos por UNU-WIDER en los que se concluye que “la ayuda ha tenido un impacto entre moderado y robusto en el crecimiento económico entre 1970 y 2007” (Channing Arndt, August 2011). Por otro lado, desde el punto de vista de la solidaridad internacional promovida a través de organizaciones de la sociedad civil, existen multitud de ejemplos que muestran el impacto en pequeñas comunidades, en la organización de la sociedad civil, y en la puesta en marcha de soluciones imaginativas, eficaces y baratas para luchar contra las consecuencias de la pobreza. Como señalaba recientemente Bill Gates, “la cantidad de dinero relativamente escasa que se ha gastado en desarrollo ha mejorado las perspectivas de futuro de miles de millones de personas, y puede hacer lo mismo para miles de millones más si decidimos seguir invirtiendo en innovación... estamos seguros de que si la gente escucha historias vitales que ellos mismos han ayudado a mejorar, querrán hacer más, no menos”. (Gates, 2012) Probablemente el contexto actual exige una mayor atención al impacto real de la cooperación y un esfuerzo mucho más intenso por parte de todos los actores, en conocer y comunicar los resultados de la misma. Una mayor presión y atención social a los resultados y al impacto real de la cooperación, puede constituir un estímulo eficaz para introducir mejoras en la misma y para promover aquellos programas y prácticas que muestren una mayor capacidad de transformación de la realidad.

4. *“Es cierto que nos hemos comprometido a destinar una pequeña parte de nuestros recursos a los que menos tienen, pero ese compromiso debe ser revisado en un contexto tan difícil como el actual”.* Han pasado más de cuarenta años desde que se estableció el compromiso de dedicar un 0.7% de la Renta bruta disponible de los países industrializados al desarrollo de los países del Sur. Sabemos que este compromiso ha sido sistemáticamente incumplido por todos los países desarrollados, excepto por un pequeño grupo⁸ y que en conjunto el total de recursos públicos destinados a la cooperación es inferior a la mitad de dicho compromiso: 0.31% en 2011 (CAD - OCDE, 2012). A la luz de la revisión de su cumplimiento, cabe considerar que se ha interpretado como una declaración de voluntad no vinculante, más que como un compromiso real. Sin embargo, vivimos un momento en el que la credibilidad, la reputación, el cumplimiento de la palabra dada y la seriedad con los compromisos asumidos constituyen una preocupación esencial de nuestros países. Nues-

7 Un resumen y las referencias de los cuatro estudios pueden encontrarse en el blog del Justin Yifu Lin, Chief Economist and Senior Vice President del Banco Mundial. <http://blogs.worldbank.org/developmenttalk/on-aid-and-growth-reflections-ahead-of-busan>.

8 En la actualidad, solamente Luxemburgo, Holanda, Suecia, Noruega y Dinamarca destinan más del 0.7% en concepto de ayuda oficial al desarrollo.

tros gobernantes intentan cuidar con esmero esta imagen de fiabilidad ante los agentes económicos internacionales. Precisamente nuestros compromisos y responsabilidades globales deberían ser igualmente honrados con el máximo cuidado, conscientes de que no solo tenemos una responsabilidad moral al haber comprometido nuestra palabra, sino que nuestra reputación e imagen de seriedad depende del cumplimiento de todos nuestros compromisos, también, e incluso especialmente, de los que asumimos con aquellos que menos poder tienen.

No se trata de ignorar las dificultades y hacer planteamientos puristas pero irreales. El contexto de ajuste fiscal y la recesión actual hacen imposible cumplir plenamente en estos momentos con los compromisos internacionales asumidos en materia de solidaridad internacional. Eso no significa que deba renunciarse a la palabra dada, sino que debe realizarse una reflexión sincera para determinar una senda realista, pero ambiciosa con el fin de poder honrarlos en el menor plazo posible.

En definitiva, los argumentos que cuestionan la solidaridad internacional en estos tiempos de dificultad, esconden aspectos esenciales de la realidad y aun recogiendo elementos que deben ser tenidos en cuenta para mejorar el impacto de la misma, no son suficientes cuestionar los compromisos asumidos. En tiempos de dificultad y limitación, como los actuales, se evalúa la verdadera hondura, arraigo y calidad de nuestra solidaridad, cercanía y compromiso con los que menos tienen. La solidaridad internacional se convierte en un termómetro excepcional para comprobar la calidad y ética de nuestra sociedad, pues esta se confronta y constata de manera definitiva en la relación y el compromiso con aquellos que menos tienen y menos cuentan. En la solidaridad con los que están en circunstancias mucho peores que nosotros en estos tiempos de dificultad nos jugamos el juicio sobre la calidad moral de nuestras sociedades desarrolladas: nuestra solidaridad con los más débiles puede solidificarse y mostrarse robusta y firme incluso en tiempos de adversidad o, por el contrario, puede derrumbarse revelando su escasa hondura y enraizamiento en el conjunto de la sociedad.

El autointerés inteligente compatible con la solidaridad y la justicia

Como decíamos antes, estos argumentos morales que justifican la solidaridad internacional, pública y privada, pueden complementarse con la búsqueda inteligente de nuestros propios intereses para impulsar y mejorar la solidaridad internacional. Como señala muy acertadamente el CIECODE, “en el mundo interdependiente del siglo XXI, apostar por el desarrollo no sólo es lo más justo, sino también lo más inteligente” (Fanjul, Enero 2012). En esta misma línea el Primer Ministro británico, David Cameron, señalaba que “el compromiso con la ayuda no es solo moralmente correcto, sino que está firmemente basado en nuestro interés nacional. Vivimos en un mundo crecientemente interconectado, en el que los problemas de lugares remotos pueden tener consecuencias en nuestra casa. La cooperación es de vital importancia para abordar las causas profundas de los problemas globales que amenazan nuestro futuro (enfermedades, drogas, terrorismo, cambio climático,...)” (Department for International Development, UK, 2011). La confluencia de las motivaciones éticas y el autointerés no es automática, ni se produce en todas las ocasiones, pues solamente algunas motivaciones interesadas pueden encontrar encaje y acomodo razonable en los principios éticos que sustentan la solidaridad. Algunos posibles ámbitos en

los que nuestro propio interés en el medio y largo plazo puede resultar compatible con los principios éticos son los siguientes:

1. El desarrollo de los países del Sur es un factor que contribuye a nuestra estabilidad futura, pues nuestra seguridad y nuestro bienestar están en riesgo en un contexto de desigualdad y pobreza como el actual. No se trata de una advertencia ingenua y alarmista, sino de la conclusión de cualquier análisis riguroso sobre los factores de riesgo de nuestra propia seguridad y estabilidad. El ex presidente norteamericano George W. Bush, poco sospechoso en este sentido, lo señalaba con claridad en uno de los discursos del estado de la nación: “La protección de nuestra nación de los peligros del nuevo siglo requiere algo más que inteligencia y poder militar. Requiere también un cambio en las condiciones que alimentan el resentimiento y permiten que los extremistas se aprovechen de la desesperación. Así que EE.UU. está usando su influencia para construir un mundo más libre, esperanzado y compasivo. Se trata de una reflexión en nuestro propio interés nacional” (Bush, January 28, 2008) Sea cual sea la consideración sobre la política exterior estadounidense, el texto ilustra muy gráficamente la necesidad e importancia que el desarrollo de los países del Sur tiene, para nuestra propia seguridad estratégica. La cooperación no es solo un planteamiento idealista de personas bienintencionadas pero ingenuas que desconocen el funcionamiento de la “real-politic”, sino un modo efectivo de combatir uno de los focos de inestabilidad e inseguridad que amenazan nuestro bienestar. La terrible desigualdad de nuestro mundo y la desesperación generada por la pobreza constituyen dos factores de riesgo, que una estrategia inteligente debería desactivar a través del desarrollo y el acceso a mayores grados de progreso y libertad.

2. Algunos de los mayores desafíos que afrontamos son problemas globales que requieren soluciones globales, fruto de la cooperación internacional. Los bienes públicos globales son aquellos cuyos beneficios se extienden más allá de las fronteras, beneficiando al conjunto de la población mundial. La sostenibilidad ambiental, la seguridad, la salud, el conocimiento y la gobernanza constituyen los cinco principales sectores en los que identifican estos bienes públicos globales (Velde, febrero 2012). El desarrollo de los mismos beneficia a todos los países y por ello existe un creciente consenso sobre la conveniencia de que sean financiados con recursos de la cooperación internacional. Por ejemplo, la mejora de la educación de los jóvenes africanos genera beneficios que van más allá de estos países, al generar una mano de obra cualificada, una ciudadanía conscientes y responsable, una población ilustrada todo lo cual conlleva indudables beneficios que trascienden el continente africano y benefician a todos los habitantes. Por ello, una cooperación que promueva el desarrollo de bienes públicos globales puede ser una cooperación solidaria y justa y también inteligente y conveniente para los países desarrollados.

3. El desarrollo de los países del Sur constituye una oportunidad de progreso de nuestras propias sociedades. Existen múltiples ejemplos que muestran las oportunidades que el desarrollo de los países del Sur puede generar en los países industrializados. Así lo han entendido los responsables políticos, económicos y sociales de algunos de los países más desarrollados, que han sido capaces de mantener (e incluso incrementar) los recursos de cooperación al desarrollo en medio de fuertes recortes presupuestarios. Probablemente el Reino Unido es el país que mejor ejemplifica esta línea de pensamiento, integrando la

política de cooperación internacional como un elemento central de su estrategia de acción exterior.⁹ Otros países (en especial los nórdicos, Canadá, Alemania,...) avanzan también en la concepción de la cooperación como un instrumento de poder blando (soft-power) para ejercer liderazgo e influencia en un mundo complejo y multipolar. Vivimos un tiempo de crecientes dificultades en los países occidentales, en particular en la Unión Europea, que está provocando un desinterés por la pobreza y el subdesarrollo más allá de nuestras fronteras. La solidaridad internacional es cuestionada por los líderes políticos que parecen haber perdido cualquier estrategia de largo plazo y cuya única preocupación es la consolidación fiscal y la recuperación de la crisis financiera. También una parte de la ciudadanía y sus instituciones sociales prefiere concentrar sus preocupaciones y recursos en los problemas domésticos más inmediatos y cercanos y tienden a desinteresarse por aquellos que están lejos. La pregunta sobre la oportunidad y necesidad de la solidaridad internacional no es superflua, sino que exige una revisión de las motivaciones y justificación de las misma, para hacerla atractiva y necesaria en un nuevo contexto de mayor adversidad. Fortalecer los argumentos éticos que justifican la solidaridad internacional a pesar de nuestras dificultades internas es una prioridad. Junto con ello, conviene desarrollar los argumentos que sostienen que la solidaridad activa con aquellos que más sufren puede ser también conveniente y beneficiosa para las sociedades desarrolladas, desde una perspectiva interesada e inteligente. La cooperación internacional, tanto pública como la realizada por los ciudadanos y la sociedad organizada, solo logrará sobrevivir y mantenerse viva en tiempos de adversidad y llevar a cabo las reformas y transformaciones que necesita, si está fundamentada en una adecuada combinación de sólidos, potentes y actualizados argumentos éticos con el desarrollo de una inteligencia estratégica capaz de identificar las oportunidades del desarrollo y los riesgos de la injusticia social actual.

Referências bibliográficas

- Bush, G. W. (January 28, 2008). State of the Union Address.
 CAD - OCDE. (2012). *Official development assistance: Preliminary report 2011*.
 Channing Arndt, S. J. (August 2011). Aid effectiveness: open the black box. *UNU-WIDER Working paper n.º 2011/44*.
 Department for International Development, UK. (2011). *UK aid: changing lives, delivering results*. London.
 Fanjul, J. P. (Enero 2012). *Hacia un Libro Blanco de la política española*. Madrid: CIECODE.
 Gates, B. (25 de Enero de 2012). Alegato en defensa de la ayuda a los más pobres. *El País*.
 Ruthan, V. W. (1989). Why Foreign Economic Assistance? *Economic development and cultural change*, Volumen 37, n.º 2, pag 411-424.
 Singer, P. (2009). *The life you can save: acting now to end world poverty*. USA: Random House.
 Velde, D. W. (febrero 2012). Aid financing for international public goods? *Overseas Development Institute Opinions*.

9 El gobierno británico ha decidido mantener sus niveles de Ayuda oficial al desarrollo en el 0.56% de su RNB en un contexto de recortes generalizados en todas las partidas presupuestarias. Esta decisión ha provocado las críticas de parte de su electorado y de algunos sectores del propio partido conservador.